

LOS LIBROS

EL ALMA ITALIANA

Un libro del Conde Sforza es siempre un libro interesante. Porque el ex Ministro de Relaciones de Italia, en tiempos del liberalismo, es además de político, un escritor. En este volumen «L'Âme Italienne», (1) resume, en capítulos magistrales, el sentido del alma italiana, en sus corrientes filosóficas y artísticas. El Conde Sforza no necesita hacer el análisis del fascismo, que, por otra parte, lo ha desterrado de la tierra de sus antepasados, puesto que ya lo hizo en su libro «Les Bâtisseurs de l'Europe Moderne», con singular maestría. Apenas si alude a esa forma accidental de la vida italiana. Para el Conde Sforza, son otros los puntos fundamentales de su examen. El espíritu italiano no es el fascismo; es para él la supervivencia de sus dones universales, la fuerza de la tradición, el sabor de la tierra, el significado de la familia, el sentimiento de la naturaleza, sus grandes escritores, sus grandes hombres de pensamiento, el amplio concepto de la tolerancia. Con un fervor filial pasea su amor de desterrado por la historia y por la tierra italiana. Nunca un acento destemplado, en ningún momento una acritud. Está haciendo el análisis de su patria en el sentido menos accidentalmente político. Es una breve y penetrante historia de las épocas del desenvolvimiento histórico y

(1) Ernest Flamarion, Editeur,—Paris.

artístico. El exilado vuelve, en espíritu, a la tierra de los mayores, sintiéndola y haciéndola sentir. «De una sola cosa estoy seguro—afirma el Conde Sforza—, y es de que me he cuidado de todo ditirambo. Italiano, pero italiano que ha visto, con frecuencia, a sus compatriotas en el extranjero, sé demasiado bien que *«tutto il mondo e paese»*, como dice la sabiduría de un viejo proverbio toscano. Mi amor profundo por mi país—mayor en sus desgracias que en sus glorias—, no me ha trastornado. «Para entender es preciso amar, ha dicho el menos apasionado de los italianos, Leonardo de Vinci».

Y su entendimiento, que es amor, recorre todas las etapas del proceso italiano, desde los días de Dante a Benedetto Croce. Para los italianos, los clásicos—Dante, Petrarca, Bocaccio—, fueron más que los creadores de grandes obras, los verdaderos fundamentos de la patria ideal, por encima de las divisiones y de las luchas internas, fomentadas por los condottieri y por los invasores extranjeros. Ellos animaron la conciencia unitaria, y ese sentido profundo del alma italiana, que reconocía en los creadores a los verdaderos intérpretes de sus propias esperanzas. Todos los italianos, comenta el Conde Sforza, han sido educados en la religión dantesca; para ellos es cien veces más profundo que Shakespeare para los ingleses, y Goethe para los alemanes. El menos culto de los italianos ha sido alguna vez conmovido por los célebres *endecasílabos*, en los cuales el pensamiento y la imagen son más rápidos y precisos que en cualquier otro poema. Sforza cita el caso sugestivo que oyó contar a unas enfermeras norteamericanas. Los movilizados de origen italiano, en 1917, pedían antes que nada, en la convalecencia, el poema de Dante, y fué necesario adquirir por centenares, los volúmenes de La Divina Comedia.

No es fácil resumir en un artículo la serie de sugerencias interesantísimas que suscita el autor con este hermoso libro. Habrá que volver en alguna nueva nota sobre algunos aspectos particulares. Pero conviene glosar en el capítulo final, titulado

«Porvenir», ciertas declaraciones que se refieren a los tiempos presentes. «Mientras más se remonta el curso de la historia italiana, observa, tan humana por sus luces y sus sombras, con mayor concreción se constata que los italianos conservan, a lo largo de los siglos, las mismas características. El pueblo italiano presenta, en la actualidad, aspectos que, desde el pobrecito de Asis, no han variado; es hoy, como ayer, un pueblo estremecido de humanidad, de sencillez, de comprensión profunda. Ni los regímenes—anécdotas efímeras—ni las crisis morales y sociales más agudas han logrado modificar jamás lo esencial de su psicología, es decir, de esa voluntad de dignidad en las relaciones individuales, que excluye todo servilismo y toda desigualdad real. El pueblo italiano siente, en lo más profundo de su espíritu, que son los nacionalismos los que han llevado a Europa al borde del abismo, y que no será, por lo tanto, la recrudescencia de los nacionalismos lo que podrá salvar al Viejo Mundo. El Conde Sforza continúa siendo fiel a su doctrina política, de fina estirpe liberal. La tradición italiana habla en él y no podía este destruido ilustre, consignar de otro modo su esperanza en una reanudación del ritmo de la conciencia italiana. Su libro último es una demostración. Lo dice claramente, de su particular punto de vista: «Es probable que la crisis actual sea de larga duración, quizá si tan larga que nuestra vida no alcance a ver su término. Pero, a los que como nosotros no tenemos ni ambiciones, ni odios, nos basta la satisfacción de que el porvenir dará la razón a esos ideales, a los cuales siempre hemos permanecido fieles».—D. MELFI.

LA VIDA DE SAINT-JUST, de *Emmanuel Aegerter*.

Los que hacen de la historia una mera exposición fría e imparcial de documentos, no pueden mirar con agrado esas biografías noveladas en que se presentan a las personajes con todo el estremecimiento humano que tuvieron en vida, con sus rasgos